**Jesús Nuestro Sumo Sacerdote**

**Sal. 110:4; Heb. 7:26-8:2.**

Hemos visto en las últimas semanas como conocer a Dios es vida eterna. A Dios, nadie vio jamás, pero Jesús lo ha dado a conocer. Él es la revelación más amplia y completa de Dios, porque era Dios con nosotros, Emanuel. Heb. 1 dice que Él es la representación exacta de la naturaleza de Dios en carne humana. La semana pasada, vimos que Él también revela a Dios a través de sus funciones como Profeta, Sacerdote, y Rey. Vimos que Cristo es el Profeta profetizado por Moisés, que vino a darnos la última palabra de Dios y guiarnos como Moisés guio al pueblo de Israel, el primer pueblo de Dios. Dios usó a Moisés para derrocar al Faraón, rompiendo su poder sobre el pueblo de Dios y liberándolos para que pudieran comenzar su jornada a la Tierra Prometida Dios tenía preparada para ellos.

Hoy vamos a ver como nuestro Señor Jesucristo es y ejerció el ministerio de un sacerdote, y de hecho, el Sumo Sacerdote para nosotros. Si el ministerio principal de un profeta es representar a Dios ante el pueblo, el ministerio principal de un sacerdote es representar al pueblo ante Dios. (En realidad, ambos representan ambas formas, pero estoy hablando aquí del énfasis principal de cada uno). Hay varios sacerdotes en la Biblia, incluso antes de que Israel fuera una nación. Por ejemplo, Melquisedec era un sacerdote de Dios (Génesis 14:18). Pero el primer sacerdote del Antiguo Pacto fue Aarón, el hermano de Moisés. De hecho, Aarón fue llamado sumo sacerdote. ¿Qué hicieron Aarón y los otros sacerdotes?

Hicieron posible que los israelitas habitaran cerca de Dios y que Dios habitara cerca de ellos. Todo el sistema que Dios le dio a Israel en el primer pacto, allí en el Sinaí, fue diseñado para hacer posible que la gente se reconcilie con Dios. Recuerde, cuando Adán y Eva pecaron en el Jardín del Edén, fueron desterrados, expulsados, separados de la presencia de Dios, y un ángel con una espada de fuego les impidió volver. El pecado causó eso. El pecado nos separa de Dios (Gén. 3:23, 24; y también Is. 59:2).

A menos que se haga algo acerca del pecado, los seres humanos no pueden estar con Dios. Parece que esto fue comunicado a los descendientes de Adán y Eva, porque luego, luego, después de ser expulsados, sus hijos empezaron a sacrificar animales y quemarlos en altares para de alguna manera expiar sus pecados (Abel fue el primero en hacer esto.) Aun cuando Adán y Eva pecaron, Dios mismo mató a un animal inocente y tomó su piel para cubrirlos en su desnudez. Un sustituto murió pues, para hacer esto posible.

Entonces, una vez que el pueblo de Dios fue llevado de Egipto al Sinaí, se instituyó el sacerdocio, y lo principal que debían hacer los sacerdotes era ofrecer sacrificios en el altar del tabernáculo, para expiar los pecados de la gente y quitar su culpa. Esto les permitiría acercarse a la presencia de Dios e hizo posible que Él habitara entre ellos. Si lees los libros de Éxodo y Levítico, verás lo complicado y sangriento que fue todo esto. Los sacerdotes tenían que matar continuamente (cada mañana y tarde) animales inocentes, cortarlos y rociar todo con su sangre. Todo tenía que ser limpiado con sangre, y sin derramar sangre, nada se consideraba limpio o santo o algo que Dios pudiera bendecir o usar.

Los sacerdotes tenían que ofrecer continuamente sacrificios en el altar por los pecados de todos. Fueron los mediadores entre Israel y Dios. Y una vez al año, en Yom Kippur, el Día de la Expiación, el sumo sacerdote tendría que pasar por casi un día entero de rituales para purgar sus propios pecados y los pecados de Israel (Lev. 16). Los sumos sacerdotes, todos los sacerdotes, estaban consagrados a Dios para servirle. Pero aun así, eran humanos, por lo que tenían que ofrecer sacrificios por sus propios pecados. Estos sacerdotes desempeñaban una función muy importante en Israel, pero también eran tipos o ilustraciones de algo más grande.

En Sal. 110:4, Dios le jura a Alguien que es sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Los versículos 1 y 2 dicen que esta Persona se sentará a la diestra de Dios y gobernará en medio de Sus enemigos, y tendrá el cetro de Dios, un símbolo de poder y autoridad. Lo que esto significa es que algún día aparecerá una Persona que cumpliría el tipo del sacerdote de una manera más grande que Aarón o sus hijos, o cualquiera de los otros sacerdotes que vinieron después de ellos. ¿Quién es esa persona? ¡El Señor Jesucristo! ¿Cómo lo sabemos? Pedro nos dio la respuesta e hizo la conexión cuando predicó el día de Pentecostés (Hch. 2:32-35), diciendo que Jesús cumplió esa profecía al ascender al cielo después de su resurrección.

Dios juró que su Hijo Jesús sería sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Conocemos la historia de Melquisedec por Génesis 14, cómo llegó a Abraham después de liberar a su sobrino Lot y derrotar a una alianza de reyes. Melquisedec era un sacerdote y un rey, y esto es lo que Jesús es también para nosotros. No se menciona a sus padres ni a ninguno de su genealogía o descendientes, lo que implica la idea de ser eterno como Cristo. Y era tanto el rey (Melek, el rey Malki, mi rey) de Salem, que significa paz, el rey de paz, como tzedek, un justo o rey de justicia. Entonces, Melquisedec era un tipo, una figura de Cristo, el Sacerdote del Dios Altísimo, además de ser el Rey de la justicia y la paz, que investigaremos la próxima semana, si Dios quiere.

¿Qué ha hecho Cristo que cumple el ministerio de sacerdote? Como ya hemos dicho, el sacerdocio era el puente entre Israel y Dios, eran pues, los mediadores entre ambos partidos. El sacerdote representa a la gente delante de Dios, intercede, ofreciendo los sacrificios requisitos para expiar sus pecados y permitir su acceso a Dios. Además, estos sacrificios detienen la ira de Dios y hace que Dios no tenga que castigarlos o destruirlos.

Jesús ofreció un sacrificio, no muchos, ¡porque el único sacrificio que ofreció, su propia vida, fue suficiente para expiar todos los pecados para siempre! Leamos Heb. 6:19-7:3. Esto muestra cuán grande era Melquisedec. ¡Era sacerdote y rey ​​de Jerusalén! Ahora mire Heb. 7:26-8:2. ¡Jesús es nuestro Sumo Sacerdote! Cuando murió en la cruz, ¡estaba ofreciendo el único sacrificio perfecto que expiaría para siempre el pecado! (Heb. 9:13-15, 24-26) Jesús se ofreció a sí mismo una vez para siempre por el Espíritu eterno, ¡y Él es el Mediador del Nuevo Pacto! 1 Tim. 2:5 dice que hay un solo Mediador entre Dios y el hombre, Jesucristo Hombre. ¡Eso es lo que ha hecho y sigue haciendo por nosotros!

1 Jn. 2:2 dice que Él es la expiación, la única ofrenda que Dios acepta por nuestros pecados, porque un ser humano pecó y tuvo que morir por sus pecados, y luego, toda la raza humana sigue pecando y muriendo. La única manera para expiar todos estos pecados sería si un ser humano pudo vivir una vida sin pecado, y sin embargo, ofrecerse para morir voluntariamente por los pecados de la humanidad. Pero ningún ser humano en toda la historia ha podido vivir sin pecar, y por tanto, ninguno hubiera sido capaz de morir por los demás. Es por eso que Dios tuvo que convertirse en un hombre, para vivir esa vida inocente y luego morir en expiación. Solo uno que era Dios y hombre, el Dios-Hombre, Jesús, pudo hacer esto por nosotros. Y como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús expía, reconcilia e intercede (e intercedió) por nosotros (Ro. 8:34), poniéndose en la brecha entre nosotros y un Dios santo que tuvo que castigar el pecado.

Como nuestro Profeta, Cristo representó al Padre a nosotros, dándonos su palabra, enseñándonos sus caminos, explicándonos lo que Dios quiere y requiere de nosotros.

Pero como nuestro Sumo Sacerdote, Él representa y representó a nosotros delante de Dios su Padre, llevando nuestros pecados e enfermedades sobre su propio cuerpo en la cruz (1 Ped. 2:24), sufriendo la ira de Dios y su furia hacia el pecado, muriendo en nuestro lugar. Y luego, subió al cielo y entró al Tabernáculo celestial, e hizo expiación por nuestros pecados allá, delante de Dios, intercediendo ante Dios a nuestro favor, abriendo paso así. El velo del templo terrestre se rasgó de arriba abajo en señal de que su ofrenda, su intercesión fue aceptado por Dios. Y Dios lo levantó de los muertos también para declarar lo mismo, que consumado es, el problema del pecado en la humanidad fue resuelto una vez por siempre con la ofrenda de Jesús. ¡Gloria a su nombre para siempre hermanos!

Quisiera terminar leyendo otra vez las buenas nuevas de Hebreos 7:26-28. No debemos ignorar ni tomar a la ligera lo que hizo y hace Jesús. No debemos andar bajo la carga de nuestro pecado y culpa cuando Él ha hecho todo para librarnos. ¡Acerquémonos con denuedo al trono de su gracia para pedir su perdón y recibir su gracia, y darle gracias por todo esto que nuestro Sumo Sacerdote provee para nosotros!